

EDUARDO CLAUSEN,
presidente de la Sociedad de Cultura Musical
de San Sebastián. Pianista y notario
(o notario y pianista)

«De la vida sé mucho más por la notaría que por la música»

Como Mozart y Arriaga, Eduardo Clausen nació un 27 de enero. Y aunque no crea en el horóscopo, su amor por la música ha sido también determinante para los melómanos de nuestro país, permitiéndole descubrir como gestor, artistas de primera magnitud. La vida de este jurista, orientada siguiendo las pautas contenidas en el decálogo que redactó en su adolescencia, se ha visto enriquecida por el piano que descubrió siendo niño y cuyo conocimiento ha ido depurando junto a alguno de los grandes nombres de las últimas décadas, con Ivo Pogorelich como gran referente.

JUAN ANTONIO LLORENTE

—¿Cómo llega a la música? ¿Existen antecedentes musicales en su entorno familiar?

—En mis padres no, pero mi tío Fernando Clausen, aparte de poner en marcha una empresa de envases, era pianista aficionado, además de organista y acordeonista. Fue mi mentor en todo. Era primo de Joaquín Achúcarro, con quien improvisaba tocando jazz. No recuerdo cuando oí música por primera vez, pero sí que desde muy niño me fascinaba. Creo que tuve sentido musical mucho antes que conocimiento de la vida.

—Al Derecho llega por vocación ¿o en este caso sí arrastraba tradición?

—En mi familia, en la que no hay antecedentes, tenían mucho miedo de que fuera un niño al que solo le interesara la música. De modo que

«Saqué de Rusia
a la Orquesta
Nacional que dirigía
Mihail Pletnev
en los momentos
del Gláznost
y la Perestroika»

hicimos un pacto, comprometiéndome a ser de mayor profesional de otra cosa, y que la música fuera lo que ellos consideraban afición: un término para mí muy frívolo, porque en mi caso es una necesidad.

—Algunos terminan la carrera por contentar a sus padres. Luego hacen lo que inicialmente querían. No es su caso.

—Ivo Pogorelich comentó en una ocasión que me envidiaba. “Es imposible —dijo— que un profesional de la música tenga por ella el amor totalmente desinteresado que tienes tú, que, además, te puedes permitir el lujo de que cuando no quieres estar con tu amor no pasa nada.”

—¿Cómo fue su formación musical?

—Al no haber ido a conservatorios, ningún pedagogo-músico-frustrado ha tenido ocasión de hacerme odiosa la música ni cinco minutos. Mi hermana mayor tenía una profesora que le intentaba dar clases de solfeo y de piano, pero al tercer mes, con gran dolor de corazón, le dijo a mi madre que lo tenía que dejar, porque con aquella niña no se podía hacer nada. Entre pena y cargo de conciencia, mi madre le propuso que





Fotos: © Alfonso Batalla, notario.

hasta terminar el curso para el que estaba contratada, me enseñase cuatro cosas. Tenía cinco años y me negué a estudiar solfeo, porque lo sabía de oído después de haber escuchado ya tanta música. Hasta que en la adolescencia, cuando me cuestionaba la imposibilidad de ser un analfabeto musical, con Begoña Sorozábal, que había enseñado a mi madre y a mis tías, aprendí simultáneamente piano y solfeo. Para entonces, de la forma más natural podía reproducir al teclado melodías del repertorio popular de la época. Si no salían al principio, terminaba consiguiéndolo por tanteo. Hoy podría volver a tocarlas con sus acordes, porque está todo memorizado.

–Esa memoria, clave en su carrera, ¿pudo potenciarla con la música?

–La Ley de Sociedades Anónimas de 1951, que ya está derogada, la memoricé aprendiéndomela de oído: la iba grabando, la escuchaba y ya me la sabía. Y como este, bastantes otros textos legales.

–¿Existe un paralelismo entre las dos disciplinas?

–Diría que el mundo del Derecho es un todo, y el de la música también. Lo que pasa es que la música es una abstracción basada en la escala de doce tonos, convertida desde Bach hasta nuestros días en un código universal, que ha impregnado el inconsciente de la humanidad. Por eso creo que es el único lenguaje universal. El Derecho es todo lo contrario: una forma de organizar la convivencia y de resolver o convivir con los conflic-

tos. Se va de la práctica a la abstracción, y en la música, de la abstracción a la práctica.

–¿Memorizar una sonata de Beethoven es similar a retener en la cabeza los temas de una oposición?

–Puede ser, pero con matices. Mientras en la música he retenido lo que quería memorizar, en la oposición ha sido lo que tenía que memorizar. De haber podido elegir los temas a exponer en los ejercicios orales, los resultados habrían sido magistrales. Pero tenía que llevar cientos de ellos para luego sacar los que salieran al azar. Y eso lo hace mucho más duro.

–Las máximas en piano leer-interpretar-improvisar, ¿serían trasladables a su ejercicio notarial?

«A San Sebastián traje a Rostropovich, Zubin Mehta, Claudio Abbado, la Philharmonia de Londres, Marta Argerich...»

—Sí. La lectura es algo previo; una interpretación, la recreación sobre lo que está escrito, y la improvisación, lo que hacen los grandes procesalistas en el proceso verbal. Como pueden serlo un discurso en el Parlamento o la interpelación de la oposición al Jefe de Gobierno. Casi todos los grandes políticos son abogados por su familiaridad con la improvisación oral a la hora de explicar, atacar o a ser atacados en una labor de síntesis.

—¿Se ha arrepentido alguna vez de no decantarse por el piano?

—Recuerdo una anécdota, también con Pogorelich. Estando en Mallorca después de haberle acompañado toda la gira, al terminar le escribí una nota: “a las cinco de la mañana te recoge un taxi. Estarás a las seis en el aeropuerto para el vuelo a Barcelona. Allí haces una conexión con el de Roma donde te está esperando un coche...” Al saber que yo me limitaba a tomar el vuelo Palma-Bilbao me dijo: “tocar el piano es lo más maravilloso que hay, pero no la vida de concertista”. Eso, estando en la cumbre. ¿Qué será la de los demás? Como he vivido intensamente la organización de conciertos, me consta que es muy duro ganarse la vida en el mundo de la música, donde hay mucho de prostitución, más ligada al dinero que al sexo. Los pianistas no quieren para sus hijos la vida que han llevado ellos. Siendo uno de los mejores letrados en cualquier ciudad o provincia, eres una autoridad, mientras

que el mejor pianista del lugar que sea, no es nadie. La carrera de concertista es tan sacrificada, que no sé si yo hubiera estado a la altura.

—Igual sí...

—Tal vez. Pero, aunque me gustaría tocar como ellos, hoy no cambio mi vida por la que llevan los grandes que conozco. A veces dudo de si ellos se cambiarían por mí. Una vez me dijo Pogorelich que hay tres clases de pianistas: el que busca el dinero; el que busca la perfección, y el que busca el placer. Y concluyó: claramente tú perteneces al tercer grupo, y has triunfado.

—Sabiedo que, del mismo modo que en Derecho, tiene que aceptar reprobaciones, ¿cómo llevaría las críticas en la música?

—La verdad es que he tenido muchas ocasiones de tocar en público, y he decidido no hacerlo. He conseguido lo que quería. He triunfado como pianista porque busco, y lo obtengo, un placer que no cuesta dinero, no es inmoral ni ilegal, no engorda y hace disfrutar a mucha gente. Pero fundamentalmente lo hago por satisfacer una necesidad. Necesito sentarme al piano y hacer música. Si llevo un tiempo sin hacerlo, me encuentro mal. Por eso me gusta tener un piano cerca. En casa y en la notaría. Tocar el piano es como cualquier otro trabajo intelectual, mucho más cualitativo que cuantitativo. No se trata de cuántas horas le dedicas sino cuánto de tu tiempo más lúcido. No tiene nada que ver una hora de trabajo un sábado después de dormir bien y tomarte un té, que un jueves cuando llegas a casa al final de la tarde, más bien cansado, y te tienes que esforzar para hacer algo bien. Aunque también hay repertorio para cuando estás agotado a las diez de la noche.

—¿Cuál es su misión como gestor?

—Soy presidente de la Sociedad de Cultura Musical de San Sebastián y desde los años 80 hasta la primera década del 2000, sobre

todo en los 80 y 90, organizaba la temporada musical de la ciudad, que programaba en el Teatro Victoria Eugenia. Al ser un ciclo privado sin patrocinios, generaba unos déficits muy importantes. Como yo sabía organizar giras, hice algunas de solistas y orquestas, y con el beneficio financiaba nuestra temporada. De esa forma, saqué de Rusia a la Orquesta Nacional que dirigía Mihail Pletnev en los momentos del Gláznost y la Perestroika. Les conseguí veintitantos conciertos por toda España. Con eso echó a andar la Orquesta Nacional de Rusia, y además produjo un bonito excedente con el que pude ir sufragando las carencias de Cultura Musical y me permitió organizar grandes temporadas de conciertos en San Sebastián, donde traje a Rostropovich, Zubin Mehta, Claudio Abbado, la Philharmonia de Londres, Marta Argerich... Trabajé muy duro; no me lucré, y el resultado está ahí. He sido un agente de conciertos un poco de lujo. Con mucho éxito, porque cuando ven que lo haces por amor al arte, parece que inspiras confianza.

—Le dio la oportunidad, incluso de realizarse en la música a través de otros...





—Ha ocurrido, pero no ha sido lo más importante. Ni tampoco la motivación. Como pianista, necesitaba una pedagogía que no me daban los enseñantes que tenía a mi alcance. Si a un docente le oigo tocar y me parece un espanto, no lo puedo respetar. Pero al estar desde muy joven en la Junta Directiva de la Sociedad Filarmónica de Bilbao tenía acceso a intérpretes que sí me llenaban como pedagogos. Me di cuenta de que como alumno no era interesante para ellos pero sí como agente. Empiezas a organizarles cosas pensando que algo se pegará, y claro que se pega. No hay clase magistral parecida a tener a un gran intérprete trabajando en tu casa durante semanas. Pero básicamente soy un autodidacta.

—¿Es de Pogorelich, no obstante, de quien más ha aprendido?

—A través de Ivo, Aliza Kezeradze, su mujer, que era una gran pedagoga, fue quien me dedicó más tiempo. Tampoco enseñan grandes secretos. Te dan claves para que, conociendo tu cuerpo, te hagas como músico, y como intérprete crees tu sonido. El pedagogo que quiere ser una especie de Pigmalión, que lo que él no ha podido

hacer lo haga su alumno, lo que consigue es castrarlo. También se da el caso del que es músico y cuando ve talento original, en vez de fomentarlo, lo mata.

—¿Envidia?

—O falta de visión, cuando lo que puede ser original o creativo lo considera heterodoxo. Una gran mentira en la historia del arte es la de primero conoce lo que se hace, y luego haz lo que te parezca. Es cierto que hay que conocer, pero el artista es un ser único que no se moldea. Se moldean las hueveras, pero el artista no.

—¿De quién le hubiera gustado aprender?

—De los que he aprendido. De los que no están, me hubiera gustado conocer de primera mano el Bach de Rachmaninov y Horowitz. Pero lo he hecho a través de sus descendientes. No tengo insatisfacción en este aspecto. En música he llegado mucho más lejos de lo que esperaba.

—¿Es mitómano?

—Lo he sido. Pero el mito cuando lo conoces se te puede caer. También he sido mitómano del Notariado, que me parecía algo pluscuamperfecto y...

«Necesito sentarme al piano y hacer música. Si llevo un tiempo sin hacerlo me encuentro mal. Por eso me gusta tener un piano cerca. En casa y en la notaría»

—...y?

—Cuando estás dentro ves que hay de todo.

—¿Qué mitos se le han caído antes, los musicales o los notariales?

—Todos. Hay que tener mitos en la adolescencia. El adolescente que no tiene mitos, no tiene alma. Quien pasados los años los sigue teniendo es que no ha madurado.

—¿En cuál de los dos territorios anota sus momentos más inolvidables?

—En uno y en otro. Aunque muchos se te olvidan. El mundo del Derecho es el de la vida. De la vida sé mucho más por la notaría que por la música, que es una abstracción: un lenguaje matemático para provocar sentimientos.

—La música: ¿le ayuda, le inhibe o le inspira en el trabajo?

—Yo no puedo hacer dos cosas a la vez. La música, o me deleita o me cripa. No tengo punto medio. Cada vez escucho menos música grabada. Entre otros motivos, porque al conocer los procedimientos la veo un poco muerta y sé que es todo mentira. La música que escucho solo es en vivo. Los discos me permiten oír cinco veces cómo entendía no sé quien un movimiento de determinada sonata. Como quien consulta el artículo 831 del Código Civil y la jurisprudencia sobre el mismo. ●